M. MINERO

ORTOPEDICO

Constructor de aparatos

de ORTOPEDIA

Principe, 28.- Madrid

Teléfono número 24-06

UNGÜENTO MORRITH

Unico que extirpa callos y verrugas, durezas y ojos de gallo

1,25 TARRO

Farmacia Central:

Puebla, 11.-Madrid

Gran Laboratorio para despacho de fórmulas, empleando en la confección de las mismas productos químicamente puros de las mejores marcas.

Jabón de Sales de LA TOJA

Cura y evita las afecciones de la piel

Poderosamente antiséptico

Absolutamente puro

Indispensable para la profilaxis de las enfermedades venéreas

Imp. Vda. de A. G. Izquierdo —Doctor Mata, 3

Año I — 19 de Abril de 1925 — Núm. 12

SEXUALIDAD



PRECIO: 25 CÉNTIMOS

SEXUALIDAD

REVISTA ILUSTRADA DE HIGIENE SOCIAL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Director: Dr. NAVARRO FERNANDEZ.—Redacción y Administración: Alcalá, 53.-Madrid

PASO A LA VIDA

LA SEMANA SEXUAL

Hemos pasado siete días de pésima alimentación; nuestra vida se ha anegado bajo espesas oleadas de potaje de garbanzos y besugos sin escamar. Tamaño disparate culinario nos ha sumido en la mística más profunda, y por consiguiente, en la inhibición sexual más completa. Hemos sentido la hartura del corazón de que hablaba el P. Granada, pero también la desazón estomacal, de la que podrían hablar largo y tendido los príncipes de nuestra bohemia.

El espíritu sutil se ahila con la privación, y al tiempo que elimina la carne del puchero la elimina de su deseo. ¡Oh, la carne! Aunque sea congelada, ¡qué livianos horizontes abre en la imaginación del que la ingiere! Así vemos que en estos días, el pueblo sano y bajo hace de las fiestas un motivo sensual. Las procesiones son plásticamente bellas; los manjares, variados, dentro del tono general marítimo-herbáceo, y las mujeres, radiantes, como siempre, desafían con carne en tiempo de abstinencia. El pueblo, capaz de resignarse a no comer carne, quiere, por lo menos, verla, olfatearla, hacerla objeto de experimentos táctiles, y como el personaje de Galdós, se emborracha con ella. La actualidad gráfica nos muestra en Sevilla a un cofrade, a quien su voto no le prohibe piropear a unas niñas bajo el incógnito de su fantástica caperuza. Y es que así como debajo de una mala capa suele hallarse un buen bebedor, lo religioso en el pueblo encubre y ampara costumbres de paganía, sexo y fervor religioso en explicable mezcla, la vela a Dios y la otra al diablo, que tiene encendidas siempre el buen español, pícaro y hampón de oficio, musulmán en el fondo, mujeriego en la forma, teósofo por sabiduría popular, creyente por tradición, holgazán por hábito de siglos, ventajista en fin de cuentas y jugador de dos barajas. Necesitamos

una fe muy grande en un Dios muy misericordioso para poder continuar con nuestros formidables defectos.

Pues ¿y las niñas? Todos muy honrados, pero las niñas no parecen. Desde el principio se vió que éste era un asunto que iba a misa. Otros opinan que iba a otra parte mucho menos santa. Lo cierto es que los madrileños hemos tenido que volver al mismo timo de hace treinta años, sólo que en plural: "Y de las niñas, ¿qué? Pues de las niñas, *na.*" El sumario se sobreseyó, y las muchachas han ultradesaparecido.

Por último, después de siete días de penitencia moquicaída y de herejía culinaria para cumplir con la ortodoxia católica de nuestras mujeres, más papistas que el Papa, llegó el Domingo de Resurrección, y resonó, como siempre, en las calles el grito precursor de la fiesta, el "¡Aleluya!" español, el "¡A la plaza, eh!", que huele a cosa bravía, a violetas, a buen tiempo y a mujeres bonitas. La calle de Alcalá se llenó de manuelas, jardineras, faetones, *ripperts chars-a-bancs*, tranvías, "autos" y gente de a pie, proletarios de los toros, mártires del sol y mirones, boqueras, envidiosos y desocupados. De vez en cuando flameaba un mantón de Manila. Como siempre y por siempres desiempres. Por debajo de tierra, los gusanos de luz del "Metro" transportaron también a los buenos aficionados. El desfile es menos goyesco, pero la fiesta sigue en pie y no hay fútbol que la eche abajo ni le reste un espectador.

Vengan emociones violentas, platos fuertes, sangre a chorros y peligro a ojos vistas. Y como todo esto es indigerible, viene la dispepsia, y el demonio que entienda nuestro modo de vivir.

Por no faltar nada al cuadrito, el día de Viernes Santo, y en Vallecas, al paso de la procesión, un borracho ferviente cantó una "saeta". Otro beodo discutió la copla, y hubo puñaladas.

Telón rápido y "Marcha de Cádiz".

Causas de divorcio

No pretendo emular a Torrubiano y emprender aquí una campaña a favor y en defensa del divorcio; sólo me propongo exponer casos y causas de divorcio y comentarlos desde un punto de vista única y exclusivamente sexual. Quédese para el admirado D. Jaime la noble cruzada que con tanto ardor y entusiasmo, a la par que con tanto acierto, lleva a cabo.

Es la cuestión del divorcio compleja y delicada, y no sirve tratarla a la ligera, saliendo del paso con unos cuantos tópicos y otras tantas soluciones descabelladas. Menester es estudiarla con todo detenimiento, ahondar en sus profundidades, bucear con cuidado por sus turbias aguas y reflexionar mucho antes de sentar una conclusión definitiva.

La mayor parte de los divorcios tienen su origen en el instinto sexual, en ese instinto sexual que preside, por encima de nuestra voluntad, casi todos nuestros actos en ese desdeñado, incomprendido, instinto sexual, que nos empeñamos en desterrar de nosotros guiados por un mal entendido egoísmo y por una perniciosa hipocresía. A veces, ese impulso desconocido que nos impele a cometer una felonía que repudia nuestra conciencia, que extraña a nuestro intelecto y le obliga a preguntarse el por qué de aquella acción, no es más que la fuerza del instinto sexual. Y lo sexual, desde la niñez—como asegura Freud—hasta la senectud, está sobre nosotros como la espada de Dámocles, amenazándonos aturdiéndonos, y queremos huir, alejarnos del peligro, y no hacemos sino agrandarlo, hundirnos, perecer.

Lo sexual culmina en el matrimonio. Hay gentes de buena fe que creen resolver el problema sexual uniéndonos eternamente con una mujer a la que han jurado fogosa y sinceramente palabras de inquebrantable e infinito amor. Tienen del deseo la equivocada y lamentable idea de que nunca se agotará, y se abrazan a él seguros de su perdurabilidad, y luego, ante el hecho cierto, ciertísimo, abren los ojos extrañados y desorientados, emprenden rutas inciertas, que les conducen inevitablemente al adulterio.

Pero esto en España no tiene importancia; la ley, si no ampara manifiestamente al adúltero, no lo castiga, que viene a ser igual. Y esta indulgencia llega a lo inconcebible: a condenar grotescamente la venganza del marido que mata a su mujer, sorprendida en flagrante delito de adulterio.

Esta indefensión de la mujer, que indigna a todo espíritu equilibrado, es doblemente censurable por cuanto en un noventa por ciento de los adulterios femeninos tiene la culpa íntegra el marido.

Ved, si no, este caso que hoy sometemos al juicio público:

Un buen día, en una iglesia cualquiera, se celebra una boda. La novia es bonita como un manojo de flores, según frase de un ciego que pide limosna a la puerta del templo. El novio es un hombre vulgar ennoblecido por su dinero. La boda es una boda de conveniencia. Esta frase, al parecer trivial, es como una puñalada, como hoja acerada y fría que mata sin sentir con un leve crujido de seda que se rasga, puñalada en el corazón, muerte alevosa, suicidio más bien, de un corazón. La sociedad aprueba con su presencia este crimen. La iglesia lo santifica. Y los novios, al cabo de la ceremonia, salen para Francia e Italia. Y nada más.

Transcurren tres años. De la unión ha nacido un niño. No olvidemos que la boda fué de conveniencia. Este niño, pues, no es fruto del amor. Es un negocio, la continuación de una estirpe, el aseguramiento de una herencia.

Pasan otros dos años. Una tarde, en el club, la insinuación malévola de un amigo abre los ojos al marido; su mujer le engaña. Hay un sentimiento que se nota herido: el honor. Es preciso vengar este honor maltratado, y para que la venganza pueda realizarse, hace falta una comprobación palpable de la falta. Y el marido, hidalgo y caballero, de noble estirpe y alta prosapia, tiene una idea genial digna de él: pone a su mujer un espía asalariado, que a los cuantos días le trae la certidumbre de su deshonor. Y entonces—¡oh, manes de D. Pedro Calderón de la Barca!—, el marido presenta una demanda de divorcio.

La sociedad clama, indignada; la reprobación se cierne sobre su cabeza. Y aquí parece terminar el sainete, que algunos toman por drama.

Pero precisamente empieza la tragedia. En el transcurso del sumario, la mujer declara. Es verdad, delinquió, faltó a la fe jurada. Mas ha de saber el señor juez que hacía año y pico que el marido no cumplía sus deberes conyugales; que la naturaleza implacable tiene sus fueros, y que a veces son tan impetuosos, que no hay fuerza humana ni divina que pueda atajarlas. El juez sonríe, comprende y no puede definir.

El marido tremola victorioso la sentencia favorable. Y aquí no ha pasado

nada. Una mujer incapacitada. Un niño sin madre. Y un marido galanteador que distrae sus ocios en las delicias del "cabaret".

Permitid que manifieste toda mi admiración por esa mujer.

La cortesana y la honrada

La mujer—esta linda mujer arropada en pieles, flor de invernadero, cuidada y retocada con todas las artes que la ciencia ha puesto a su servicio, tan exquisita, tan delicada, tan artificial que parece de estampa, dibujo andrógino de pincel exuberante y alocado, mujer que semeja muñeca, frágil muñequilla de colorines y sedas, juguete de lujo y de placer—va reclinada indolente en el muelle y cómodo asiento del automóvil. A su lado, el dueño momentáneo de tal juguete. Un señor serio y grave, bolsista acaudalado, capitalista fuerte, negociante atrevido o simplemente heredero de un título y una fortuna, lo mismo da, que todos son iguales: hombres-máquinas que viven sin vivir, sin sentimientos, sino con instintos, y que en virtud del oro acumulado pueden—privilegio insigne y maravilloso—aprehender la mano de la muñeca sin que el montón dorado de cartón y seda se destruya a la presión de la zarpa tosca, habituada al roce duro y apetecible de las monedas.

La tarde es dulce y sosegada, llena de sol y de promesas primaverales; azul el cielo, donde pequeñas nubecillas corren y se alejan como pedazos de ilusión. El "auto" camina ligero, y Madrid va quedando atrás. La mujer y el hombre no hablan; ella contempla el paisaje de la Castilla madre, severo, ascético, monótono. El fuma un cigarro, y si tal vez piensa en algo, maquinará un agio, una jugada, una especulación. Ella ha abierto la ventana, para que el airecillo penetre y refresque su rostro, acalorado por la atmósfera del coche cerrado, y aspirando la brisa, sintiendo el embate del viento en su piel, tan fina, tan suave, adormece los ojos con placer. El gran señor sigue fumando, ajeno a todo. Acelera la marcha el "auto" ante una recta despejada, y espesa nube de polvo queda flotando sobre el camino. La mujer mira curiosa esta nube sucia con mirada indiferente. Y ve de pronto que, envuelto y herido por el polvo levantado, un hombre de humilde y mísero aspecto que sentado estaba al borde de la carretera alza sus brazos y los dirige hacia el automóvil, maldiciéndole. Todo fué fugaz, breve, instantáneo; pero, sin embargo, lo distinguió con todo detalle. Entonces ocurre algo extraño e inconcebible: aquella cabecita llena de serrín y trapo se transforma en cabeza de mujer, y piensa. ¡Oh, sí, piensa! Los ojos, perdidos en el paisaje, no lo ven, que ensimismados están en el pensamiento. Mas ¿cuál es éste? Casi un pensamiento transcendental. La cabecita de serrín y trapo piensa en el hombre envuelto y herido por la nube de polvo que queda allá, abandonado como algo inservible, en la carretera de Castilla. El señor lanza una gran bocanada de humo, que se espesa y llega hasta chocar con los ojos de la mujer; ella también se siente herida y envuelta por la nube de humo, y tiene intención de alzar sus brazos, como el pobre caminante, en ademán de maldición.

Pero entonces es cuando su pensamiento se aclara, se hace tangible. Ella es como aquel caminante que quedá allá, maldiciendo el automóvil. Ella también está sola y desamparada en medio de un camino—el de la vida—, herida por una polvareda—la del dolor.

Tiene todo cuanto en el mundo se apetece, hasta amor, el amor romántico de un muchacho estudiante, con quien se ve a hurtadillas de su dueño y señor, clandestinidad que hace más incitante y apetecida la aventura, porque está rodeada de un peligro y porque es una venganza. Pero ella, que todo lo tiene, no posee ese algo, que quizá tenga el caminante abandonado: la libertad. Y se siente prisionera en aquella cárcel del "auto", vigilado por la carátula hosca y ceñuda, fría y severa de carcelero de su amante oficial. Ella sabe que es un capricho en sus manos, una muñeca muy cara que satisface la vanidad pueril de ese niño que todo hombre lleva dentro.

Y siente herida su alma de mujer. Porque la mujer aspira a que comprendan su alma, no a que adoren su cuerpo; a que sea su corazón el tesoro codiciado, no la tersura de su piel o el encanto de sus líneas. Además, siente malogrados sus instintos de madre. La frivolidad la causa, la hartura, la aburre y la desespera; la rigidez, el orden dentro del desorden de su vida, la indignan. Apetece lo que no tiene: la libertad. Desea lo que nunca podrá poseer: la estimación de su alma, la pureza de sus sentimientos.

Esta es la venganza de la sociedad a su lujo y a su ostentación, el desquite y el premio de la honrada, que transige con la pobreza y con el trabajo a costa del sacrificio de sus ambiciones, la tranquilidad de su espíritu, el dulce sosiego de su alma.

La cortesana vive de la sexualidad de los demás a costa de su propia sexualidad; es la máquina del placer, y como toda máquina, es una cosa fría, inanimada, prosaica. La honrada, en cambio, vive la sexualidad única de su único hombre, es la mujer del Evangelio que tiene una misión, la más augusta, la más sagrada, la más noble: es la fuente de la vida, y no trueca la gloria del montón de rosas, carne de su carne, por la opulencia deslumbradora que rodea a la cortesana. A la una, el lujo la asfixia; a la otra, la pobreza la dignifica.

El Don Juan del "cine"

El Don Juan del "cine", físicamente, vale poco, es insignificante, vulgar. No tiene la arrogancia, el aire jaquetón de perdonavidas del Tenorio callejero, ni el cinismo y chulería insoportables del castigador de "cabaret"—nuevo tipo también en la fauna donjuanesca, que su día estudiaremos—, no; este buen Don Juan es menudito; su presencia pasa desapercibida, y menester es sorprenderle en su elemento, bucear en sus aguas, para darse cuenta de la clase de pez que es y no confundirle con un distinguido hortera que distrae sus ocios mercantiles.

El Don Juan del "cine" tiene dos personalidades totalmente distintas y bien definidas: en la calle y en el "cine". Ya hemos visto quién es en la calle. Veamos ahora su desdoblamiento en el "cine".

Don Juan, indefectiblemente, es amigo del taquillero. Llega, saluda con una sonrisa picaresca y demánda:

—Qué, ¿hay algo?

El taquillero sonríe asimismo, y en silencio—la sonrisa lo expresa todo—alarga el papelito y dice simplemente:

—¡Buena suerte!

El ruido de las monedas importe de la entrada pone fin a la entrevista, monedas aumentadas, como es natural, con una propina decorosa.

Don Juan atraviesa la puerta del local, y en aquel mismo momento es cuando se produce el desdoblamiento de su personalidad. El hombre insignificante muere; nace la apoteosis brillante del sujeto irresistible.

La proyección está empezada cuando Don Juan avanza por el pasillo precedido por la luciérnaga del acomodador. Don Juan se sienta en su localidad y fija sus ojos ávidamente en la pantalla, como si no quisiera perder momento de lo que allí sucede, como si pretendiera recuperar lo perdido. He aquí su iniciación en la táctica que ha de conducirle a sabrosos fines: inspirar confianza en su vecina de butaca, porque claro está que él da por concluso ser una mujer la persona sentada a su lado. Por algo el taquillero es su amigo. Y además, que esa mujer está sola o acompañada de una señora respetable. Otra cosa sería exponerse a un fracaso de consecuencias inapreciables. El Don Juan de "cine" es prudente, sesudo, reflexivo, en contraposición con su homónimo callejero, que es fanfarrón, petulante y fiero.

Han transcurrido diez minutos; la película sigue desarrollando sus truculentos episodios o sus ñoñas escenas de amor. Don Juan no ha pestañeado siquiera, arrobado, interesadísimo con lo que allí sucede. Y de pronto, suavemente, siempre fijo en el escenario, desliza un pie en busca del contacto apetecido. Y es éste el globo de ensayo, que dirían los franceses. De este sencillo acto depende su victoria o su derrota: si es brusca o delicadamente rechazado, casi puede considerar su aventura fracasada; mas si, por el contrario, es acogido con dulzura y retenido, entonces el triunfo es seguro.

Y empieza, ya resueltamente, la conquista de la plaza sitiada. Entonces es la mano la que se pierde hacia muelles regiones ignoradas, sólo entrevistas con los ojos del deseo, y mientras en la pantalla dos bocas se unen en un beso interminable, en la sala, dos manos se aprietan con furor. Y se dicen endechas de pasión con este mudo expresivo lenguaje.

Este ejemplar de donjuanismo es, por regla general, inofensivo. Sus artes amatorias tienen un estrecho límite. Sus aventuras duran lo que las rosas: el espacio de una tarde. Cuando la luz se hace definitivamente, el idilio termina con un adiós melancólico de los ojos de ella y de los ojos de él.

La corriente humana que sale los separa, y ya es raro que se vuelvan a encontrar las manos que expresaron amor con sus apretones fuertes y prolongados.

Tampoco es pregonero de sus hazañas el Don Juan del "cine", pero no olvidemos, para comprender esto, que en la calle es otro hombre, un hombrecillo menudo, insignificante, vulgar.

Todavía hay otro tipo, pero éste es más bien Don Luis, el Don Luis del "cine", que pasea sus mostachos presuntuosos, sus maneras lánguidas, su gallarda figura embutida en un terno a rayas de Tarrasa, en los descansos luminosos, a la busca de unos ojos juveniles—cuanto más jóvenes, mejor—a los que deslumbrar con su apostura magnífica, y cuando ya están prendidos en una guía del presuntuoso mostacho, abandonarlas cruel, desdeñoso y altivo.

Y como Don Luis, su figura es perfectamente ridícula, pues a pesar de ese intento de glorificación de su personalidad hecha recientemente por un buen poeta y un discreto novelista, Don Luis será siempre segundón de Don Juan, que vive de lo que éste desprecia, bulle a su sombra y remeda grotescamente sus artes y mañas, sin conseguir nunca triunfar de su adversario.

MUJERES

He aquí unos cuantos desdibujados retratos de mujeres vistas en una playa cosmopolita una mañana llena de sol...

LA FRANCESA

Es alta, rubia, muy fina la boca, de labios gordezuelos, rojos de bermellón, ojos festoneados por el lápiz hábil, que les ha dado una sensación de ojos de muñeca mecánica; un cutis muy fino, blanco, pulido; un conjunto estilizado, sí, pero agradable a la vista. ¡El encanto de lo natural! Indudable, pero también existe belleza en el artificio cuando, como en este caso, adorna, complementa y realza lo que la Naturaleza creó.

Está sentada en una silla. A sus pies dormita un galgo de mirada triste. Ella juguetea con la correa del perro. No lleva medias, y sus piernas, torneadas, firmes, impecables, parecen, sin embargo, enfundadas en medias color de yodo; es el sol, que las ha acariciado.

Su figura es de una elegancia suelta, sencilla; su cuerpo aspira gozoso el aire del mar; atrae, alegra la vista y el ánimo, como toda contemplación de una obra perfecta y acabada.

Y es éste quizá el encanto único de las francesas: su preocupación de ellas mismas, su culto al *yo*. Si preguntamos a un español pura cepa su opinión sobre esta mujer, invariablemente nos dirá:

—Muy bien; muy decorativa, muy interesante, pero no sabrá freír un huevo ni zurcir unos calcetines.

En estas lamentables y tristes faenas caseras está resumida toda la pobre ideología feminista de un español pura cepa. No comprende la mujer-mujer, sino la mujer-bestia, esclavizada en la crianza de los hijos y en el cuido de la casa; vieja, por consecuencia, en plena juventud, destrozada, repelente.

Allá ellos. Arrobémonos, mientras tanto, en la admiración de esta francesa. Se ha levantado; anda majestuosa, lenta; sus piernas fuertes se cimbrean, y toda ella, orlada de sol, desfila magnífica como una diosa que saliera del mar con sombrero de fieltro y trajecillo de seda...

LA NADADORA

La distingo allá en el "planchoir", de pie, erguidos los brazos, formando una flecha graciosa sobre la cabeza, cubierta con un gorro de goma verde. Va a tirarse al mar. El mar está quieto, la espera. Y ella impulsa su cuerpo con los pies; el cuerpo obedece y va rápido por el azul de la mañana luminosa y penetra en el mar, y un remolino de espuma recibe su cuerpo y lo envuelve y se lo traga. Después, el remolino se deshace rápido, y el mar, aquel dichoso pedazo de mar, queda otra vez tranquilo. Transcurren unos segundos, menos, quizá unos cuartos de segundo, pero transcurre una eternidad. ¿Irá a retenerla el mar para encerrarla en la prisión de una concha nacarada? ¿Irá a transformar la gloria de su cuerpo humano en el mito legendario de la sirena anfibia y peligrosa? Mas al poco, el gorro verde aparece, un brazo moreno y fuerte hiende la superficie, y el gorrillo verde corre por las aguas quietas y los brazos aletean incansables, y allá va la mujer, por la bahía llena de sol. ¿Será

tal vez la sirena de torso femenino y cola de pez?

LA RUSA

Al salir del baño se envuelve en su capa malva, destócase del gorrillo protector, y la mata de pelo, negra y abundante, cae sobre la espalda y casi la cubre. Se tumba en la arena, abre la capa y ofrece su cuerpo húmedo y brillante a la caricia del sol, y así permanece largo espacio, quieta, insensible, los ojos cerrados.

Es bella esta rusa, con esa belleza melancólica propia de su raza, y así, sorprendida en el baño de sol, su belleza aumenta. La arena y el sol la poseen; el mar la retuvo unos minutos, y ahora, nostálgico, rompe con furia en la playa y sus olas avanzan como si quisieran recuperarla.

Ella, insensible, los ojos cerrados, toma el dulce baño de sol.

Cuando se incorpora parece salir de un sueño; alisa sus cabellos, ya secos, compra barquillos y los va mordiendo despacio, y sonríe.

La rusa sonríe. ¿Para quién es su sonrisa? ¿Para el mar, quizá? ¿Para el sol? ¿O es la felicidad del momento, que la incita a sonreir? La rusa sonríe; sus dientecillos blancos brillan y muerden el pedazo dorado, encendido, del barquillo...

NELIS

Drama del Dr. Madrazo

(*Conclusión.*)

B.—Me ha encogido el corazón y le aseguro que en mi mesa no ha de faltar el consejo y ha de sobrar el alcohol. Y hablando de cosas menos sombrías. No comprendo el fracaso escénico de Nelis. Se me antoja su obra mejor sentida.

A.—¡Las ilusiones que yo puse! ¡Tristes y consoladores recuerdos! Porque hoy parece consolarme aquella injusticia. ¡Aquel Borrás! ¡Aquellos críticos! ¡Aquellos concejales! ¡Francos Rodríguez, tan mal compañero como mal alcalde y peor dramaturgo! Después lo he sabido: la interpretación de Nelis era demasiado compleja para la mentalidad y facultades escénicas de Borrás. Si no fuera por el barullo de los periódicos, los estrenos de Borrás fatalmente irían al foso. Nelis, joven, varonil, de elevados pensamientos y generosas acciones, víctima de una pasión en la que la pasión y la conciencia chocan y dolorosamente se estremecen, es de una psicología demasiado complicada para una sensibilidad poco exquisita. ¡La delicadeza de Nelis! Su voluntad débil se rinde al alcohol y saca alientos para defender a Andrea. Un conflicto de soberanía contra sus propios ímpetus. No, Nelis no es un borracho vulgar que repite y machaca ideas groseras y grotescas. De su cerebro saltan chispas para incendiar el mundo. Nelis no cabe en la basta estructura de Borrás. Nelis se abstrae y emociona con su propio pensamiento; su inteligencia fulgura fiereza y compasión, perdona y mata; el alcohol exalta las células cerebrales con centelleos resplandecientes; la imaginación de Nelis se desvanece en cuadros de dulce emoción y de impresión terrorífica, en ilusiones y delirios, que, si hijos del proceso patológico, son despertar de pensamientos que parecían dormidos. Locos de la mentalidad de Nelis, entre desvaríos e incoherencias, dicen profundísimas verdades y se exaltan en los arrebatos del *delirium tremens*, hasta que, por último, perecen, los que no se suicidan, en el choque convulsivo de la apoplejía cerebral. El cerebro de Borrás no es de sutil labor para poder reflejar tan varias y contrarias emociones. ¡Ah, la fanfarria, bullanguera! Borrás no ha sido, ni es, ni será, aunque mil años viviera, un gran actor. Un gran actor precisa cualidades físicas, intelectuales y morales. A sentir hondo empuja el corazón. Al histrión no le fué pródiga la Naturaleza: de ancha espalda y recia arquitectura, a sus movimientos no le pidáis suavidad ni gracia, distinción ni varonil arrogancia; hecho para la alpargata y la manta, resulta un buen *mozo de escuadra*. Con su voz ruda, recordando el catalán, se acoge a los agudos latiguillos del tenor, ya que de la verdad no pudo sacar emoción. No, Borrás no honrará el teatro castellano; su falta de memoria y la imposibilidad de seguir al apuntador le incapacitan para un repertorio de más de media docena de obras, que a fuerza de repetir y repetir ha ido mejorando, sin llegar a dominar. En el Manelik (su obra cumbre), demuestra su falta de intuición. No acierta a matar a Esteban, porque lo de revolcarse y revolcarse dando volteretas entrambos por el suelo, cual si estuvieran mediadas las fuerzas y a modo de "match" americano, es repugnante. El buen sentido y el buen gusto dicen que el Manelik, matador de lobos en los altos riscos, debe destrozar de un zarpazo o estrangular rápidamente al señorito del llano.

Pero por debajo de estas deficiencias va su maldita moral artística, que se empeña en ser el único aplaudido; no consiente otro aplauso; le irrita la más insignificante aprobación del público al compañero. ¡Pobres damas! Ninguna compartió triunfos con él. La escena se ha de acomodar a su propia apoteosis. ¡Ah, la crítica, pertinaz adúltera de glotonería suculenta, con escarnio del arte nacional!

B.—¿De suerte que el fracaso de Nelis fué una intriga?

A.—Un contubernio de críticos, concejales y el gran actor. Nelis tenía que ir al foso, y lo consiguieron. Los ensayos no pasaron de ocho horas, y el director, Borrás, no le presenció dos. Resultado: que nadie sabía por dónde se andaba, ni el apuntador qué decir. Al esclarecido actor le bastó con lanzar un montón de rugidos, arrojarse al suelo y estirar las patas en ridículas contorsiones: como caballo en la plaza de toros. De antemano sabía que la crítica del día siguiente diría que a pesar del arte maravilloso de Borrás, la obra estaba muerta. Como que la habían matado antes de nacer. La escena española no tiene que agradecer nada, absolutamente nada a las facultades y moralidad artística de Borrás. Discípulo de Vico y Calvo, de ellos no aprendió sino la fealdad de los efectismos y latiguillos populacheros. Más cuco que sus maestros, subordinó el arte a la taquilla: tales enseñanzas quedarán de su escuela: amable y simpático con los periodistas, logró metérselos en el bolsillo.

B.—¿Tan humilde juicio le merece este actor?

A.—Uno de los mil prestigios falsificados por la prensa.

B.—Creo, como usted, que Nelis es demasiado complejo para los recursos escénicos de un mediano actor, y que Zacconi habría abarcado la psicología de este personaje. Nelis no es un borracho, sin conciencia, de cara abotargada y macilenta de bestia de carga; su palabra no es siempre trapajosa e inexpresiva, ni sus piernas tambalean, como en el pro-

ceso alcohólico agudo, para derrumbarse con estrépito y roncar cara al sol, a las moscas y a la mortal helada. No; Nelis es una cabeza preñada de pensamientos; que habla consigo mismo y desprecia a los demás. La vida del alcohólico parece que se concentra en su cerebro. Es grande el contraste entre la pereza y desidia del organismo alcohólico y el ideario que hierve en su cabeza. Son justamente, en este caso, sus ideas altruistas las que borran su aspecto repugnante, haciéndole simpático. Claro; como que no es responsable del conflicto que lleva dentro del alma. Su corazón le impulsa a amar y la moral lo rechaza. Andrea, pura e inmaculada como el ampo de la nieve, es toda esperanza y próxima felicidad. ¿Por qué la rehuye? ¿La quiere de más pasión y abnegada? ¿Por qué el misterio? Nelis lucha, tiembla y tefne. Su voluntad es débil, pero con un resto de energía defiende a Andrea. Andrea desconoce la ley hereditaria. El desastre no tiene remedio. La elección del mentalista Nelis, para la demostración de la herencia, ha sido un acierto; en él se concentra la obra entera: los estudiantes justifican su retrato por fuera; como los obreros, por dentro. La figura de Andrea se destaca con una realidad esplendente; sabe hacer frente a la tormenta y beber el cáliz hasta las heces. Ramona, en su papel de *patrona-providencia* de estudiantes, y Amparo de Andrea, es modelo de desinterés, constancia y noble afecto. Y, por fin, Bartolo con su corazón efusivo y mentalidad de sugestionado, pone de relieve el alumbramiento y desarrollo del anarquista solitario; tipo de unción evangélica: ante Nelis, ¡qué beatitud la de Bartolo!; ante los obreros, ¡qué humildez y amorosas palabras! ¡Qué serenidad ante la muerte! Sus convicciones son rotundas. Con qué fe dijo: "A esta sociedad egoista y corrompida le hacen falta apóstoles como Nelis y mártires como yo." Sí: Bartolo, en su delirio, se siente mártir glorioso; el más grande de los hombres.

Le repito, doctor, que sus fábulas son de una extrema sencillez.

A.—Ya sé que el público está acostumbrado a intrigas enrevesadas y extraordinarios acontecimientos; pero la vida no es tan oscura; está, sí, llena de hipocresías y malicias, que, por más que hagamos, se transparentan y trascienden. El arte la debe tomar tal cual es y ofrecerla cuanto más claro, mejor.

B.—Los cuatro personajes de Nelis no lo pueden ser más, y su naturalidad me encanta. No lo dude, Nelis resucitará y dará más que hacer y que decir que Lázaro.

El Amor y el Pensamiento

La literatura de muchísimas mujeres consiste en el estudio profundo de las modas.—*Beauchene.*

* * *

El amor de la mujer conduce a la virtud.—*Beauchene.*

* * *

La mujer es más afable en público que en su casa propia.—*Tito Livio.*

* * *

Las mujeres mismas ignoran toda la extensión de su coquetería.—*La Rochefaucauld.*

* * *

Si los hombres no fueran inconstantes, las mujeres no serían coquetas.—*España (D. F.).*

SALUS POPULI

En la Academia Médico-Quirúrgica de Guipúzcoa

Una conferencia de carácter social

El sábado último se celebró en la Academia Médico-Quirúrgica la sesión anunciada, a cargo del doctor D. Miguel Vidaur, quien disertó acerca del tema "Propaganda de educación profiláctica sanitaria y moral".

La conferencia que el doctor Vidaur desarrolló en la Academia, y que es un trabajo que ha merecido el honor de ser premiado en el concurso organizado por la fundación "Sagastume", alcanzó un grado de interés extraordinario por las consecuencias prácticas que de ella se derivan.

Más que difícil, resultaría imposible tratar de condensar en una breve reseña de la sesión todos los conceptos que con gran brillantez de forma fueron expuestos por el conferenciante. El doctor Vidaur, con fino espíritu de observación, ha visto que la incultura social y los peligros de la vida moderna amenazaban infiltrarse en los cimientos de nuestra raza, siendo la causa del comienzo de la decadencia que en la misma se observa, y el doctor Vidaur, vasco, y, como tal, ferviente admirador de su raza y amante de su país, se ha inspirado en ello para desarrollar un trabajo en el que con gran alteza de miras y un buen sentido práctico señala con mano maestra cuáles son esos terribles males que nos amenazan, y los medios que deben emplearse para corregirlos y evitarlos.

En ese sentido señala los principales causantes de esta decadencia que se observa: la tuberculosis, el alcoholismo y las enfermedades venéreas; los tres grandes azotes de la humanidad, no solamente desde el punto de vista individual, sino por sus consecuencias, de las cuales dependen en gran parte la conservación y el desarrollo de la raza y cuyo origen muchas veces está en la falta de educación, tanto física como moral, que alcanza a todas las clases sociales.

Trató después de la responsabilidad que alcanza a las clases directoras, corporaciones y entidades por el abandono en que se hallan cuestiones tan transcendentales y de tan grande interés; expuso el punto de vista práctico del problema, dando normas y trazando líneas generales de la conducta a seguir, para hallar la mejor solución al mismo, como son la propaganda por medio de conferencias, de folletos, artículos de prensa, cinematógrafo, etc., y que debe llegar a las es-

cuelas, fábricas, cuarteles, desde el púlpito, etc.

Y propuso, por último, que fuese la Academia Médico-Quirúrgica quien tomase a su cargo la iniciación de esa campaña de propaganda, después de hacer un estudio detallado del problema y de los medios viables para que la solución del mismo, si no era absoluta, sea en su mayor parte una realidad.

El trabajo del doctor Vidaur fué objeto de calurosas felicitaciones de sus compañeros de Academia, tanto por la forma brillante de exposición como por su fondo de tan grande interés práctico. En efecto, la Academia, después de felicitar al doctor Vidaur, tomó por unanimidad la determinación de aceptar la proposición, nombrándose provisionalmente una ponencia integrada por los doctores Vidaur, Ayestarán, Moráiz y Oreja, que quedó encargada de hacer un estudio del asunto y someterlo nuevamente a la consideración de la Academia.

Y sin más asuntos de que tratar, y en medio del mayor entusiasmo, se levantó la sesión.

(De "La Voz de Guipúzcoa".)

Las enfermedades venéreas

Evitar las enfermedades de la juventud es asegurar una vejez sin achaques

¿Qué es la blenorragia?

Cómo consecuencia de contactos sexuales con uno que esté enfermo de blenorragia o de gonorrea, el otro se contagia la misma enfermedad y se sufren las siguientes:

Molestias inmediatas.—Después de dos a ocho días de un acto infectante, se ve correr por el meato urinario (agujero del caño) (1) un líquido purulento. El glande y el prepucio se tumefactan; los ganglios inguinales se infartan; la uretra se pone turgescente y dolorosa. La micción (orinar) es dolorosa, sobre todo en la primera enfermedad. Dolores que suelen ser atroces. Las erecciones nocturnas provocan vivos dolores que causan el insomnio. La anemia es habitual. Esta enfermedad dura generalmente, y por término medio, de cuatro a seis semanas. En muchos enfermos dura meses y años.

Seis u ocho veces sobre diez, por varias causas, entre ellas una inyección mal hecha, provoca una uretritis posterior, que hace necesario orinar a cada momento por dolores producidos por tenesmo vesical; trae poluciones nocturnas e irradiaciones dolorosas en el periné, ano y recto. Algunas veces hay fiebre y albuminuria.

Esta enfermedad suele dejar, cuando no otras complicaciones, estrecheces, esterilidad, impotencia, prostatorrea, espermatorrea o la gota matinal, que es fuente posible, por trasmisión a la mujer, de blenorragia uterina y peri-uterina, que es de pronóstico relativamente grave.

Esta enfermedad, por múltiples razones, una de las cuales y la no menos importante, es la ignorancia del público respecto de las graves consecuencias a que expone una blenorragia.

Una blenorragia es casi peor que una sífilis. Esta enfermedad, decimos, expone a múltiples consecuencias, de entre las que solamente citaremos algunas de éstas.

Complicaciones. — La fimosis, la parafimosis, la balano-postitis, que ulcera el glande y el prepucio.

La folicalitis, que produce nudosidades dolorosas susceptibles de terminar por abscesos que se pueden fistulizar.

La cowperitis, que produce dolores en el periné que exasperan con la defecación y que pueden terminarse por fístulas.

La prostatitis, que, según los casos, puede llevar a la piohemia y hasta a la muerte (un cuarto de los casos). Hace orinar a cada momento, de noche.

La hipertrofia de la próstata y vejiga, que ataca a los ancianos y que necesitan operaciones, así como las estrecheces de muchos ancianos y jóvenes que hay que operar.

La epididimitis y la orquitis, que son sumamente dolorosas, y, en último resultado, dejan la esterilidad en el 94 por 100 de los casos.

La cistitis. (inflamación de la vejiga), dolorosa, hace orinar a cada momento, de día; y algunas veces se orina sangre. Las nefritis (inflamación de los riñones), que puede llevar hasta la supuración de los riñones.

Los reumatismos y artritis blenorrágicos, que atacan las articulaciones, y que imposibilitan para el trabajo.

Las lesiones que produce el gonococo en los órganos de la circulación y que son fuente de innumerables complicaciones y que pueden producir la muerte a los dos días de aparecer la blenorragia. Pericarditis, endocarditis aguda, etc.

Si el pus blenorrágico llega a los ojos puede dejar ciego. Lávese bien sus manos después de cada vez que se cure o toque.

Curación y tiempo de curación de la blenorragia. — La curación de la blenorragia constituye uno de los puntos más difíciles de la especialidad de génito-urinarias, y constituye un verdadero problema el poder indicar ni siquiera aproximadamente cuándo podrá estar sano un enfermo que se nos presenta a pedirnos nuestra existencia; y tan es así, que el ilustre profesor doctor P. Tommasoli, director de la Clínica Dermosifilopática en la R. Universidad de Módena dice: "Come la blenorragia cominci e a tuti noto; nessuno per altro sa come e quando essa possa finire" (pág. 127 en Infezione blenorragica, Tratt. Cantani e Maragliano). El Ricordo, citado por R. Le Fur, ex-médico de los hospitales de París, decía: "Una blenorragia empieza, ¡Dios sabe cuándo acabará!", y él citaba el caso de un enfermo que él atendía en 1840 y cuyo corrimiento databa de la Paz de Amiens (1800). (Obra Maladies des vois urinaires inferieures, por A. Le Fur en el Tratado de Medicina y Terapéutica de Brouardel y Gilbert, pág. 33, año 1907).

Y el gran maestro Fournier decía: "Pero las cosas no siempre pasan tan sencillamente. Así, en primer lugar, la afección puede ser más o menos rebelde (por culpa del enfermo o del médico) y no desaparecer sino al cabo de largo tiempo.

Estragos que hace la blenorragia.—La blenorragia hace verdaderos estragos y ellos son de tres clases: personales, familiares y sociales, por las consecuencias que ellas acarrean.

Consecuencias personales.—Para ello, ver el capítulo de las complicaciones ya indicadas más arriba.

Consecuencias familiares.—Un hombre soltero que va al matrimonio con una gota militar totalmente desconocida por él, y de la cual no le ha podido dar aviso ningún médico porque muchos hombres

(1) Procuramos explicarnos en un lenguaje vulgar.

Esta Revista se vende en todos los quioscos de España

se casan sin examen médico previo; o un hombre casado que ha cometido el error de faltar a la fidelidad conyugal, contrae una blenorragia, y durante el periodo de incubación de la enfermedad tiene contacto con su esposa y la infecta. Tanto en el uno como en el otro caso, esa pobre señora ha sido obsequiada con el peor presente que se puede hacer a una mujer. Ella quedará casi ciertamente enferma para toda su vida. Ella quedará constituída en una hipoteca para el hogar y para los recursos del marido. Será casi siempre una inválida por sus dolencias de vientre, que quedará con serias complicaciones, las que más de una vez necesitarán intervención quirúrgica, sin que con ello se obtenga en muchas ocasiones una curación satisfactoria, ni definitiva.

Estas complicaciones pueden hacer necesarias todas las intervenciones quirúrgicas de la ginecología; desde las simples intervenciones locales y externas hasta las mayores operaciones de alta cirugía.

Y ¡he ahí una familia desgraciada por no haber podido prevenir esta enfermedad en el hombre! ¡Qué gran obra es enseñar a evitar esto!

Consecuencias sociales.—La despoblación de la patria y el aumento de desgraciados y de mendigos. El 94 por 100 de los sujetos que han tenido epididimitis u orquitis, quedan estériles y son hombres que van al matrimonio para quedar sin sucesión; y con ello sólo, muchas veces se hace la desgracia del hogar.

Otras veces, es la enfermedad de la madre, contraída por contagio por el esposo durante el embarazo, lo que deja una vaginitis blenorrágica, que al nacer el niño le contagiará una oftalmia purulenta, que hace quedar ciegos a muchos pobres niños en los primeros días de su vida.

Y se prepara ya con estos pobrecitos los futuros limosneros. ¡Y se ha privado a un pobre ser del precioso órgano de la vista, y se le ha condenado a la oscuridad perpetua!

Y si de aquí se pasa a los ejércitos y marinas se tiene que:

Para el ejército los estragos hechos en la tropa por las enfermedades venéreas son grandes; ellas representan el 146 por 1.000 del total de enfermos; o sea, con relación al efectivo, término medio, 214 por 1.000; es decir, cerca de la cuarta parte.

Instituto Español de Higiene Social

Asociación Española de Higiene Social

SEXUALIDAD - Salus Populi

Revista semanal ilustrada de divulgación.—Organo de propaganda de la campaña sanitaria de Higiene Social y del mitin dominical de SALUD, CULTURA Y MORAL

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Nombre.....

Provincia.....

Pueblo.....

Solicita su inscripción como socio con derecho a revista (25 pesetas anuales).

Suscriptor a la revista (15 pesetas anuales).

Se venden colecciones completas de esta Revista en la Administración, ALCALA, 53.—Teléfono 27-61 M.

EL MITIN DE DOMINGO

Campaña Sanitaria

EN EL TEATRO SAN MIGUEL

Siguiendo la costumbre establecida, se celebró en el teatro de San Miguel un nuevo mitin de propaganda sanitaria.

Hizo la presentación de los oradores el doctor Navarro Fernández, insistiendo en la injusticia de conceptuar las personalidades médicas extranjeras como superiores a las nacionales. Condena la propaganda de remedios secretos y operaciones sorprendentes, encaminadas con el fin de inculcar en el vulgo el tratamiento de enfermedades incurables, de indudable charlatanismo, propalados mediante reclamos extranjeros.

Don Andrés Huerta, refiriéndose al aprovechamiento de las aguas fecales para el riego de hortalizas y verduras, las considera peligrosas, insistiendo en que se legisle para evitar el contagio de las enfermedades transmisibles.

El doctor Sicilia define los conceptos de la higiene individual y colectiva.

El Sr. Salazar Alonso trata de los grandes ideales de la higiene social en su aspecto jurídico, llamando la atención de los Poderes públicos para que se traduzcan en leyes los postulados de esta cruzada.

La señorita Rosa Canto lee dos poesías dedicadas a la raza y al niño abandonado, dando una sentida nota de ternura. El Sr. Valero Hervás explica su actuación parlamentaria en el Senado, donde hizo una interpelación que fué la base del nombramiento de la Comisión de Sanidad. Como tantas otras veces, no pudo ser aprobada. Detalla la experiencia adquirida en su prolongada permanencia en el extranjero, dando a conocer la vida municipal en Inglaterra.

Don Mauricio Jalvo se ocupa de la obra de municipalización de los servicios en algunas capitales extranjeras.

El doctor Verdes Montenegro, que preside, determina las causas sociales de la tuberculosis, solicitando de los Poderes públicos las leyes oportunas para el saneamiento de las viviendas, con el fin de evitar el actual hacinamiento en los hogares humildes.

Al final se proyectó una grandiosa película dedicada a la divulgación de los estragos producidos por la avariosis.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos.

CONCLUSIONES

presentadas en el mitin del domingo 29 de marzo:

Abastecimiento de aguas de Madrid.

1.° Aumentar todo lo posible la dotación de las conducciones actuales y procurar el nuevo establecimiento de otras subvencionando a quienes lo realicen pensando siempre en el terrible conflicto que sería para Madrid la carencia de

agua si alguna avería importante inutilizase la única conducción capaz de abastecerle en totalidad.

2.° La red de distribución será única y de propiedad del Ayuntamiento, estableciendo contadores en la acometida a la red y distribución de cada conducción.

3.° Se establecerá el contador individual para que todos paguen el agua que consumen, incluso los edificios oficiales.

Con este ingreso se subvencionará a las Empresas o particulares que hagan conducciones de aguas a prorrateo del suministro hecho en el año.

4.° Abandono total de los antiguos viajes, uniendo su red de distribución a la general.

5.° Transformar los 82 kilómetros de galerías de captación de los antiguos viajes en alcantarillas para desagüe de aquellos barrios y de sus numerosos pozos negros.

6.° Utilizar las aguas fecales para el riego de los campos, transformando en tierras de regadío las de secano y cobrando a los propietarios (cuyas tierras puedan regarse) en forma de contribución, el cánon de riego, ya utilicen las aguas o no.

MAURICIO JALVO.

Arquitecto, exdirector de Fontanería y Alcantarillas del Ayuntamiento de Madrid.

Para SEXUALIDAD

Necesario complemento de la campaña de Higiene Social realizada por el doctor Navarro Fernández, era un periódico.

Los diarios no pueden, por su manera de confeccionarse, hacer otra cosa que publicar un extracto, que al principio fué bastante extenso, y ahora va quedando reducido a una sencilla noticia o lista de nombres. ¡Precisamente lo que no tiene interés! ¡Qué más da que sea D. Fulano o D. Mengano quien diga una cosa?

Lo importante es que lo dicho sea útil, que el público se entere y que el Gobierno lo realice. De lo primero hay abundancia en los mitines, de lo segundo hay poco, y de lo tercero, nada.

Resulta la campaña como los fuegos artificiales: cohetes, bengalas, petardo final, y... unos palos abandonados en tierra.

DON NADIE, que es un servidor de ustedes, PROPONE:

1.° Que todos los oradores envíen a SEXUALIDAD una o más conclusiones, que sintéticen sus discursos.

2.° Que éstas se publiquen en el número que se vende al domingo siguiente.

2.° Que al terminar el curso se reúnan todas en un elegante álbum en el que se recogerían el mayor número de firmas posible, para que una comisión se le entregue a S. M. el Rey.

4.° Que SEXUALIDAD publique los artículos aclaratorios de las conclusiones que los autores de éstas juzguen interesantes.

Creo innecesario fundamentar mi propuesta, porque todos estamos convencidos de que esta labor no tendrá la eficacia que debiera, mientras no se ESCULPAN las palabras en el BLANCO MARMOL del papel.

Como alguien ha de empezar, ahí van las mías, para honrar a los que me sigan:

Como honra la noche al día,
Que, sin tinieblas, tendría
El Mundo la luz en menos.

MAURICIO JALVO.

